

**El libro de oro de los
espejos
mágicos**

DIVULGACIÓN

El libro de oro de los espejos mágicos

ÁLVARO BERMEJO

algaida

Imagen de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2023

© Álvaro Bermejo, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-855-9

Depósito legal: SE. 1.019-2023

Impreso en España-Printed in Spain



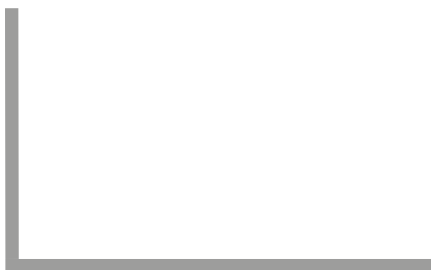
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



ÍNDICE

Introducción. El ojo ante el espejo	13
1. Un paseo por la historia	19
2. En el laberinto de espejos	31
3. Narciso, el primer selfi	49
4. Perseo, el monstruo y tú	55
5. Y Pitágoras inventó el wifi (con permiso de Hedy Lamarr)	63
6. Orfeo, el espejo y la muerte	69
7. <i>Blancanieves, La bella y la bestia,</i> y otros cuentos maravillosos	75
8. El espejo del Emperador Amarillo... y las plumas de Moctezuma	83
9. Palantiri. Los espejos de <i>El señor de los anillos</i>	91
10. Tres espejos para Harry Potter	99
11. «Ábrete, sésamo». El espejo de <i>Las mil y una noches</i>	105
12. <i>Alicia a través del espejo.</i>	117
13. Fantasmas y hombres lobo. Los espejos de Rilke y Hermann Hesse	125
14. Espejos vampíricos y bellas de tinieblas. Los cuentos de Hoffmann	131

15. Espejos de locura. Assirata y otras maléficas vía PSP.....	137
16. Ángeles y demonios. La dama y el diablo en el espejo.....	145
17. El espejo de Stevenson... y el de Dorian Gray.....	151
18. Tu replicante sale del espejo: doble o nada. Poe y Dostoyevski	157
19. Encuentros en la cuarta dimensión. Vidas paralelas: Lincoln se dobla en Kennedy.....	165
20. Lo horrible ahí fuera... y dentro de ti. <i>El Horla</i> de Maupassant. <i>Alien</i> versus <i>Predator</i>	173
21. <i>Final Fantasy</i> . Espejos y agujeros negros	179
22. Espejos que adivinan. De Nostradamus a Cagliostro.....	185
23. El espejo de Swedenborg y el del visionario Cardano.....	191
24. El misterioso doctor Dee. Los ojos del superagente 007	199
25. Hadas y brujas. La hechicera de Etxalar	207
26. Cultos wicca bajando la luna	213
27. <i>Haunted houses</i> , damas blancas, gente sombra... y la mansión de los Mirtilos.....	219
28. La leyenda de Bloody Mary... y la de Verónica.....	227
29. Pantallas y dispositivos mágicos. Siri se asoma a tu <i>black mirror</i>	233
30. Epílogo: El espejo mágico que hay en ti. Todos somos espejos vivientes.....	241



*Los espejos deberían reflexionar un momento antes de reenviarnos
nuestra imagen.*

Jean Cocteau

*Espejos: jamás, a sabiendas, todavía se ha dicho
lo que en vuestra esencia sois.*

Rainer Maria Rilke

*Hay un gran espejo suspendido entre el cielo y la tierra,
y en él se reflejan las imágenes magníficas
de un mundo desconocido,
pero solo el ojo limpio de un niño puede verlas.*

Jean-Paul Richter

*Los sabios de la antigua secta de los especulares
imaginaron que todo hombre es dos hombres
y que el verdadero es el otro,
el que vive en el espejo en el cielo.*

Jorge Luis Borges

*El espejo ve al hombre hermoso, el espejo ama al hombre;
otro espejo ve al hombre horrible y lo odia;
y es siempre el mismo ser el que produce las impresiones.*

Marqués de Sade

*El sentido más profundo de la existencia reside en los cuentos de hadas
que me contaron en la infancia, más que en las realidades
que la vida me ha enseñado.*

Johann Friedrich von Schiller

*Si caen en tus manos oro y libros,
coge primero los libros y después el oro.*

Yehudá-al-Hassid



INTRODUCCIÓN. EL OJO ANTE EL ESPEJO

Míralo y mírate en él. Ningún misterio, ¿verdad? En apariencia, tienes en tus manos el objeto más banal del mundo: un espejo. Míralo otra vez. Esa superficie cristalina que refleja tu rostro ha sido emblema de conocimiento en todas las civilizaciones, se le han atribuido poderes sobrenaturales, ha fascinado a magos y filósofos, a sabios y nigromantes, a reyes malditos y a princesas del hechizo, al hombre desde que tiene conciencia. Pues la conciencia nace con el reconocimiento de uno mismo ante su imagen.

Quizá el primer espejo fue un remanso de aguas estancadas donde se contempló una joven *sapiens* y vio por primera vez su rostro. Tras el sobresalto, la fascinación. Ese primer espejo ya era mágico. En infinidad de culturas el agua es la sustancia de la vida. Por eso buena parte de los seres dados a los sortilegios —las ninfas, las lamias, las ondinas—, habitan cerca de ríos, lagos o manantiales. Son espejos de una eternidad fluyente en los que ellas leen sus vaticinios.

Sucede algo semejante con la sombra: si en el agua te reflejas tal como crees que eres, la sombra proyecta tu perfil... o tu alma. Una y otra remiten a experiencias especulares. Es decir, proyecciones virtuales de lo que somos.

¿Pero de qué manera? ¿Soy realmente yo ese ser que veo al mirarme en un espejo? Pregúntatelo dos veces y comenzarás a entender por qué. Ningún otro artefacto puede recrear con más exactitud, no ya nuestra imagen, sino el holograma de nuestro más recóndito interior. Es por eso que, desde tiempos bien remotos, se han vinculado al ámbito de lo sagrado, la magia y la adivinación. Y tanto a la fuga de uno mismo a través de puertas dimensionales como al conocimiento profundo de nuestro ser, la iniciación ritual y la introspección personal.

No en vano la palabra «reflexión» deriva de «reflejo», igual que hablamos de «especular» —del latín *speculum*, «espejo»— cuando nos atrevemos a pensar fuera de los cauces conocidos. Por más que al mirarnos en ellos creamos vernos tal como somos, en realidad los espejos nos devuelven una imagen invertida suscitando una ambivalencia muy inquietante. Yo y ese otro al revés que también soy yo. Nada más lógico que se asocien tanto a la verdad como a su perversión, algo en lo que era maestra la madrastra de Blancanieves.

Olvídate de los siete enanitos y crece hasta Cervantes. ¿No crees que puede haber algo de eso en el encuentro de don Quijote con el Caballero de los Espejos? Nuestro ingenioso hidalgo escribía en clave: el Caballero de los Espejos, ese en el que se mira el de la Triste Figura, encarna a su replicante maléfico.

Se diría que hasta a los demonios les encanta incubarse en ellos para asomarse al lado tenebroso de nuestra psique. Cae la noche, duermes. Hay un espejo cerca. Antiguas leyendas afirman que nuestro espíritu puede desligarse de nuestro cuerpo y materializarse en ese espejo. O cobrar una existencia autónoma,

aquella que le negamos durante la vigilia. O abandonarnos para nunca jamás. Quienes no se reflejan en los espejos —los vampiros, por ejemplo— ya están muertos, o pasan a engrosar la legión de *walking deads* que habitan la literatura del escalofrío.

Así se explica la prevención de retirar los espejos de las habitaciones de los enfermos, o voltearlos tras su fallecimiento. Esa alma recién desprendida podría instalarse en ellos y atrapar al primero que se asomase a su superficie. Alguien como tú, sin ir más lejos.

Si esto te suena a cosa de brujas tampoco te estás equivocando. Espejos y maleficios cabalgan juntos desde que el mundo es mundo. Todavía hay quien piensa que romper uno depara siete años de calamidad. «Pero si se rompe sin que lo toques —nos advierte *El libro de la Hechicera*—, alguien morirá cerca de ti».

Por fortuna, la muerte se equilibra con la inmortalidad. Porque los espejos también se interpretan como moradas de los dioses. Tezcatlipoca —el Señor del Espejo Humeante, entre los aztecas—, se valía de uno llamado Tlaquieloni para ver cuanto sucedía en su imperio. Asimismo, la Madre Relámpago de las tradiciones tibetanas rompe sus espejos para provocar tormentas.

Su rango metafísico explica otro de sus atributos ambivalentes: los espejos pueden absorber la energía de los lugares donde se instalan e irradiarla a su capricho. Si es negativa, multiplicarán esa negatividad y la trasladarán a quien se mire en ellos; si es positiva, se convertirán en un fractal de serenidad, equilibrio y armonía, tal como dictan las enseñanzas del *feng shui*. Bien podríamos afirmar que, aquí, todo depende del cristal con que se mira... o en el que nos miramos.

Pura filosofía, sí. Porque también hay filósofos en esto. Los griegos aconsejaban a los jóvenes mirarse en espejos para ver qué cerca o qué lejos estaban de la virtud. Acércate a la Villa

de los Misterios de Pompeya. Verás un cuenco de bronce que no refleja el rostro físico de quien se mire, sino el de su alma, tras ser iniciado. Remite a una herencia milenaria, la de los espejos gnósticos, ideados no tanto para verse en ellos sino, literalmente, para desaparecer.

¿Cómo puede ser eso? Dice la tradición hermética que si te pierdes, es para encontrarte. Es así como el gnóstico *desaparece* de una dimensión —la material—, para reencontrarse en otra, la etérea, donde todo es luz.

Llegó la Edad Media y los moralistas lo condenaron como herramienta de la idolatría y la concupiscencia, sobre todo entre las mujeres. Hubo que esperar hasta el Renacimiento para que fueran rehabilitados los dos: el espejo y la mujer. No tiene nada de casual que Tiziano o Velázquez pinten a sus *Venus* frente a un espejo. La mujer, idealizada se erige en alegoría de la belleza, incluida la del alma. El espejo, antes proscrito por incitar a las vanas pasiones, ahora se ensalza como atributo de las virtudes luminosas que adornan a los humanistas.

Seguro que la ciencia no está muy de acuerdo, pero desde su nacimiento también ella recurrió a los espejos. Hablamos de los astrólogos babilonios. Sus espejos captaban la luz primordial, el cielo astral. Seis milenios después, nuestras sondas espaciales surcan el cosmos gracias a paneles cubiertos de espejos solares, igual que la primera misión Apolo se valió de ellos para medir la distancia Tierra-Luna, y Einstein la velocidad de la luz.

En todas las cosmogonías originarias el espejo aparece como un vínculo entre el microcosmos humano y el macrocosmos sideral. De ahí que chamanes, adivinos y arúspices se provean de ellos para descifrar los mensajes de los dioses. Queremos ver más allá de lo que vemos. Queremos saber quiénes somos bajo nuestra piel. Los espejos hacen caer las máscaras. Nos miran. Y nos hablan.

Todo espejo es un libro abierto, igual que este. Un libro infinito en el que se cruzan lo proyectivo y lo introspectivo, la *reflexión* sobre el sentido de lo evidente y la *especulación* sobre esa imagen intangible que, sin embargo, parece tener vida propia. Es así como los protagonistas de los viejos mitos, los de los cuentos y leyendas, como los que migran entre el *fantasy* y la ficción científica más actual, alzan un inventario de espejos prodigiosos muy revelador en todo lo que afecta a nuestro imaginario colectivo.

Espejos negros y espejos rotos, pero no menos elocuentes. Espejos hipnóticos o narcóticos, solares y lunares, también saturnales. Espejos que permiten ver sin ser visto. Espejos donde moran criaturas celestiales o infernales. Espejos que abren puertas a otros mundos y espejos de los que emergen seres procedentes de ellos. Espejos en los que puede contemplarse el aura tanto como leer el pasado o el futuro. Los poseyeron personajes tan sugerentes como Nostradamus, sabios visionarios como Pitágoras. Y hasta magos al servicio de su majestad, como el misterioso doctor Dee: el primer agente 007... en la Inglaterra del XVI.

Además del que atravesó Alicia rumbo a ese país de las maravillas donde reside nuestra parte secreta, en estas páginas podrás asomarte al espejo de Oesed que dejó sin aliento a Harry Potter, a los legendarios Palantiri que codiciaba el malvado Saruman, o al de Galadriel, la princesa élfica de *El señor de los anillos*. No faltarán otros de los que emergen réplicas perversas de sus protagonistas, como sucede en ciertos relatos terroríficos de Stevenson, Poe y Dostoyevski, ni los que presiden los cultos wicca o convocan espectros como el de Bloody Mary. Si lo que te priva es atravesarlos y adentrarte en universos paralelos, pronuncia «Ábrete, sésamo» y se abrirán ante ti los espejos mágicos de *Las mil y una noches*. Pero si lo tuyo son los relatos de anticipación, no te pierdas el capítulo dedicado a la serie *Black Mirror*.

Cuenta la leyenda que si alzas un espejo frente a otro creas un portal infinito que te llevará más allá de las estrellas. Antes de irnos tan lejos, quédate con esto: cuando esa joven *sapiens* de la que hablamos al comienzo posó por primera vez sus ojos sobre un espejo acuático, cambió para siempre la mirada de la humanidad.

¿Cambiará la tuya, una vez que te adentres en este libro? Atrévete a conocer el fascinante mundo de los espejos, y acabarás conociéndote a ti mismo.

UN PASEO POR LA HISTORIA

Antes que el agua, en el principio fue la sombra. Cuando el hombre primitivo tomó conciencia de esa proyección oscura dio un salto de gigante en la evolución. En plena prehistoria descubrió los mundos virtuales, el icono de nuestra ultramodernidad. Su cuerpo físico podía desdoblarse en otro sutil: su gemelo inmaterial, su negro avatar. Pero ¿cuál sería su rostro?

Lo descubrió, tras tener conciencia de su sombra, al inclinarse sobre ese estanque del que hablamos en el capítulo anterior. Era él y no era él. Era él y era otro. Alguien muy misterioso le escrutaba desde aquella superficie acuática, replicaba sus gestos, no dejaba de mirarle con los ojos muy abiertos. Le invadió un temor supersticioso. Y curiosamente, el otro reaccionó igual. Con solo tocar esa lámina cristalina, el asustadizo aparecido desaparecía. Él se quedaba meditando. Intuía que ese cuerpo líquido se había desprendido del suyo físico. Pero se trataba de un cuerpo sin materia. Lo que vale por decir que seguiría viviendo cuando él muriera. El agua, por tanto, reflejaba su alma o su espíritu. Igual que su sombra.

En latín la palabra «sombra» —*umbra*—, se traduce también como «reflejo». Una imagen espectral que acredita atri-

butos mágicos en todas las culturas. Tanto en Oriente como en Occidente, son legión las leyendas que aconsejan proteger celosamente nuestra sombra. Unas nos advierten del riesgo de proyectarla sobre determinados objetos: un puñal, por ejemplo. Podría acabar en sus manos, a saber con qué intenciones. Otras nos previenen acerca de la posibilidad de que una sombra ajena se cruce con la nuestra. Si es la de una mujer embarazada, buen augurio. Si es la de un asesino, imagínatelo. Esto nos ayudaría a entender por qué en tantas leyendas el diablo está tan interesado en capturar una sombra o un reflejo humano: no porque *simbolice* su alma, sino porque *es* su alma.

Ya hemos comentado eso tan sabido de que los vampiros no se reflejan en los espejos. Ahora piensa por qué también se dice de ellos que tampoco proyectan su sombra. Volveremos al tema cuando nos toque hablar de un relato que no puedes perderte, *Peter Schlemihl o el hombre que perdió su sombra*. Pero no adelantemos acontecimientos... Ni maltratemos a nuestra pobre sombra. Al fin y al cabo, tanto como una proyección del alma, se consideraba un espíritu tutelar. Aunque es muy posible que no llevara muy bien la aparición de un tercero en discordia —tras el agua y ella—, como pudo serlo el primer espejo digno de tal nombre.

Nada que ver con el vidrio. Teletransportate a la Anatolia del 6000 antes de nuestra era. Fue allá donde se encontraron fragmentos de piedras muy pulidas sepultadas en espacios rituales. Saltamos dos mil años adelante y ya tenemos un espejo de cobre en el que se reflejan las rizadas barbas de los reyes de Uruk y Lagash, en Mesopotamia. Un salto más y estás en el Egipto faraónico. Aparecen los primeros espejos de bronce. Los más sofisticados sugieren el *boudoir* de altas damas de la corte, pues se localizaron en palacios. Pero los encontrados en los templos ¿qué significan? Ni más ni menos que puertas para sus dioses.